

dia con todo desconocer la autoridad de Washington: cedió á sus observaciones paternales, y, en su espocion al congreso, se limitó á referirse á su justicia, para obtener el arreglo de las cuentas del ejército, y la asignacion de los fondos necesarios para pagar los sueldos y recompensas que les habian prometido.

El congreso atendió á esta peticion; pero la penuria del tesoro público le privaba de efectuar sus promesas. En esta ocasion hubo una nueva prueba del patriotismo desinteresado del gobernador Morris, administrador del tesoro, que recurrió á su crédito, bienes y obligaciones personales para satisfacer los gastos mas urgentes. En la campaña última se habia ya practicado esta anticipacion, hecha á su propio riesgo, sobre los ingresos de las rentas públicas aun no recibidas; y los adelantos hechos por Morris habian servido muchas veces para las tropas del general Greene, cuando, encargado de la defensa de las Carolinas, luchaba con tanta enerjia contra toda clase de peligros y privaciones.

En esto seguia siempre en Europa adelante la obra de la paz, cuyas bases se habian fijado hacia ya muchos meses; y á pesar de que habia habido nuevos cambios en el ministerio británico, y el poder ya no estaba en manos de los hombres que habian negociado los preliminares de la paz, con todo sus sucesores, escuchando como ellos la voz de la opinion y los consejos de una sabia política, concluyeron definitivamente la pacificacion con los tratados de 3 de setiembre de 1783. El de Francia con Inglaterra se concluyó por la mediacion del Austria y de la Rusia, que habian interpuesto sus buenos oficios para restablecer la paz. Se insertaron en él todas las cláusulas ya comprendidas en los artículos preliminares, y se determinó abrir nuevas negociaciones, para un arreglo comercial entre ambas potencias.

La paz definitiva de España con Inglaterra se hizo tambien con la

mediacion de las cortes de Viena y de San Petersburgo: se determinó el territorio que debian ocupar los Ingleses en las costas de Honduras: estendiase este entre el curso de la Balisa y del Rio Hondo, y una convencion ulterior debia arreglar las relaciones comerciales de ambos reinos.

Declaróse en el preámbulo del tratado definitivo, firmado el mismo dia entre los Estados Unidos y la Inglaterra, que este acto no se miraba concluido hasta que se hubiesen arreglado los términos de la paz entre la Gran Bretaña y la Francia. Era un homenaje justo que debia tributarse á la buena fe de los Estados Unidos, que se habian obligado á no prestarse á ningun arreglo por separado. Todas las bases establecidas en los artículos preliminares fueron renovadas y confirmadas por el tratado definitivo. Las dos cortes de Austria y Rusia, como no reconocian aun los Estados Unidos, no intervinieron en esta negociacion, como lo habian hecho en las de España y Francia.

Faltaba concluir un tratado definitivo entre la Inglaterra y la Holanda: este se firmó el 20 de mayo de 1784; y se insertó la misma cláusula en los artículos preliminares, sobre la ocupacion de Negapatnam, que debió permanecer en poder de la Inglaterra, hasta tanto que la otra potencia pudiese rescatar esta colonia con algun cambio de territorio. La Holanda no podia ya esperar volverla á tomar á viva fuerza: no podia ya contar con la cooperacion de las armas francesas, ni con la de Tippoo-Saib que acababa de concluir la paz con un convenio firmado en Mangalore.

En los diferentes tratados que restituyeron la paz al mundo, no observamos estipulacion alguna sobre los principios de derecho marítimo que habían dividido la Inglaterra y las demas potencias beligerantes. La diferencia de los arreglos hechos por ambas, partes tendia sin duda á la diversidad de intereses. Se habian movido pretensiones rivales: los unos no querian ya reconocer supe-

riores en el mar, los otros no querian reconocer iguales, y los tratados que se concluyeron sin tocar á estas cuestiones, las dejaron aun en disputa. Pero á lo menos la paz suspendia estas discusiones; iba á remover todos los obstáculos de la navegacion, y no habia neutros que proteger, desde que no habia enemigos que combatir.

Luego que se supieron en América los tratados definitivos, y ratificó el congreso el de los Estados-Unidos, el general Clinton mandó evacuar los puntos que aun ocupaban los Ingleses. El regreso á Nueva-York de las tropas americanas, se verificó el 25 de noviembre de 1783: un cuerpo de tres mil hombres, con el mayor general Enrique Knox á su frente, relevó todos los destacamentos británicos á medida que se retiraban. En seguida entraron Washington y todas las autoridades civiles y militares. Se enarboló el pabellon de los Estados-Unidos en la casa de la ciudad, y encima de la batería que cubre y domina el puerto, y fué saludado por las aclamaciones del pueblo y del ejército. (Véase la lámina 75).

Durante algunos dias la escuadra inglesa fué detenida en la bahia por vientos contrarios. Asi que hubo partido, Washington dejó en la ciudad una guarnicion de algunos centenares de hombres, y las demás tropas volvieron á sus acantonamientos.

Este jeneral iba á pasar á Annápolis para resignar en presenciar del congreso el mando del ejército; su salida á Nueva-York estaba fijada para el 4 de diciembre, y se despidió de sus compañeros de armas en una asamblea en que se hallaban reunidos todos los oficiales, las autoridades públicas y un gran número de ciudadanos. Sus palabras afectuosas escitaron una profunda emocion; le acompañaron bendiciéndole hasta la ribera en que iba á embarcarse; y Washington tomando tierra en Powles-Hook, á la otra orilla del Hudson, prosiguió su camino á través del Nuevo-Jerzey y de la Pensilvania.

El deseo de arreglar sus cuentas personales, le detuvo algunos dias en Filadelfia. Habia aplicado sus propias rentas á la mayor parte de los gastos de su servicio; y sucedió que los fondos que habia pedido al tesoro para cubrir completamente este gasto, no llegaban á quince mil dollars, desde el año de 1775 hasta el 13 de diciembre de 1783: raro ejemplo de moderacion y de una loable precaucion en el empleo de los caudales públicos.

Cada una de las autoridades de Filadelfia se apresuró á ofrecer sus votos á Washington; todas debian reconocimiento al defensor de sus derechos, y la sociedad filosófica americana se señaló por este patriótico homenaje. Se honraba de contar á Washington entre sus miembros; y al felicitarle por la vuelta de la paz, preveia su feliz influencia en las ciencias y las letras. «He aquí, decia, las compañeras de la libertad y de la virtud; ellas deben concurrir á trasmitir vuestro nombre á nuestros últimos nietos. ¡Ojalá podais gozar de una felicidad inalterable en la vida privada que os aguarda! y siempre os seguirá el afecto y reconocimiento de vuestra patria.»

La sociedad que dirigia á Washington elojios tan lisonjeros, era uno de los hermosos establecimientos fundados por Franklin, que constantemente habia procurado cultivar las ciencias útiles á los intereses de su pais y de la razon humana. Esta reunion, de que continuaba cada año siendo reelegido presidente, á pesar de su larga ausencia, habia permanecido siempre fiel al objeto de su institucion; hacia servir su noble ascendiente y sus trabajos para hacer á los hombres mejores y mas ilustrados.

Washington salió el 15 de diciembre de Filadelfia; al pasar por Baltimore, recibió una diputacion de las autoridades, y los homenajes de la ciudad entera; y cuando estaba para llegar á Annápolis, se dirijieron á su encuentro los jenerales Gattes, Smllwood y una multitud de ciudadanos. Reunióse el congreso el 23 de diciembre, y Washington, recibí

do con honor en esta augusta asamblea, pronunció el siguiente discurso:

« Señor presidente, habiéndose por fin realizado los grandes acontecimientos que han acarreado mi dimision, tengo el honor de ofrecer al congreso mis sinceros parabienes, y presentarme ante él para poner en sus manos el depósito que me habia confiado, y para reclamar el permiso de retirarme del servicio de mi país.

« Dichos por la confirmacion de nuestra independencia y de nuestra soberanía, dichoso por la victoria que han obtenido los Estados-Unidos en ser una nacion respetable, renuncio con satisfaccion un cargo que solo habia aceptado con desconfianza, y con el temor de no poder llenar una tarea tan difícil. Felizmente se ha disipado esta inquietud, por la confianza que inspiraba la justicia de nuestra causa, por la ayuda del supremo poder de la Union, y por la proteccion del cielo.

« El glorioso resultado de la guerra ha justificado nuestras mas vivas esperanzas, y migratitud por los beneficios de la Providencia y por el apoyo que he recibido de mis conciudadanos, crece aun á medida que considero la importancia de esta gran contienda.

« Al recordar cuánto debo al ejército en jeneral, faltaria á mis propias afecciones, si no reconociese aquí los servicios particulares y el distinguido mérito de los hombres que han sido adictos á mi persona durante el curso de la guerra; no podia ser mas feliz la eleccion de los oficiales de confianza llamados á componer mi familia. Permitidme señalar particularmente los que han continuado sus servicios hasta este día, como dignos de la benevolencia y del favor del congreso.

« Miro como un deber indispensable cerrar este solemne y último acto de mi vida política, recomendando los intereses de nuestra cara patria á la proteccion del Todopoderoso, y poniendo bajo su santa guardia á los que dirijen los negocios de la misma.

« Habiendo finalizado la tarea que me estaba asignada, me retiro del

teatro de los acontecimientos; y al despedirme de este agosto cuerpo, á cuyas órdenes he trabajado tanto tiempo, entrego aquí mi nombramiento y renuncio todos los empleos de la vida pública.»

Despues de haberse espresado así, Washington se adelantó hácia el presidente del congreso y le entregó el acta de dimision que acababa de leer. Era á la sazón presidente el jeneral Mifflin, antiguo miembro de la sociedad de los cuákeros, dedicado á la defensa de su país desde el principio de la guerra; su respuesta noble honró al orador y al héroe.

« Reunidos los Estados Unidos en congreso, reciben con una emocion, demasiado viva para ser espresada, la renuncia solemne de la autoridad, en virtud de la cual habeis conducido sus tropas con acierto, en medio de los peligros y riesgos de la guerra.

« Llamado por vuestra patria á defender sus derechos invadidos, habeis aceptado este sagrado deber, antes que ella hubiese formado alianzas, y cuando no tenia amigos ni gobierno para apoyaros.

« Habeis dirigido esta gran lucha militar, respetando siempre los derechos del poder civil aun en medio de las vicisitudes y reveses. Habeis escitado á vuestros compañeros por el amor y confianza que os profesaban, á desplegar su talento marcial y transmitir su fama á la posteridad. Habeis sido constante hasta el momento que, ayudados los Estados Unidos por un rey y una nacion magnánima, han podido bajo los auspicios de la Providencia terminar la guerra con la emancipacion, seguridad é independencia; acontecimiento feliz, sobre el cual nos unimos sinceramente á vuestras felicitaciones.

« Despues de haber defendido el estandarte de la libertad en el nuevo mundo, y de haber dado útiles lecciones á los que imponen la tiranía y á los que la sufren, os retirais de la grande escena de los negocios públicos con las bendiciones de vuestros conciudadanos; pero la gloria de vuestras virtudes no acabará con vuestro mando militar; se perpetuará á los tiempos mas remotos. Reconocemos, como vos, nuestras obligaciones con el ejército entero; y nos encargamos especialmente de los intereses de esos oficiales de confianza que han seguido vuestra persona hasta este momento decisivo.

« Nos unimos á vos para recomendar la suerte de nuestra amada patria á la proteccion del Todo Poderoso: le rogamos disponga los corazones y ánimos de los ciudadanos á aprovechar la ocasion que se le ofrece de constituirse en una nacion feliz y respetable; y en cuanto á vos, le dirijimos nuestras mas ardientes plegarias, para que rodee del especial cuidado de su providencia una vida que nos es tan apreciable: que vuestros días pueden ser tan felices como lo han sido ilustres, y que os conceda Dios finalmente la recompensa que no puede el mundo ofrecer.»

En seguida de esta tierna y solemne ceremonia, Washington, volviendo á la vida privada, se retiró á su hacienda de Montevernon, situada en la Virginia, cerca del Potomac; pero no podia ocultarse ya, en su retiro, de los testimonios de la veneracion de su patria, y de los servicios públicos que aun se esperaban de su esperiencia y sabiduría.

Se habia licenciado el ejército; y los hombres, que los peligros de la patria y los deseos de defenderla habian por tanto tiempo distraido de sus oficios y hogares, iban á emprender de nuevo sus trabajos interrumpidos. La cria de los ganados y el cultivo de los campos habia ocupado el mayor número; cada uno colgó sus armas en las paredes de su casar ó choza para empuñarlas otra vez al primer llamamiento, ó para dejarlas á sus hijos como una honrosa herencia.

El deseo de perpetuar la memoria de los servicios que habian prestado juntos durante la guerra de la independencia, habia inducido á los oficiales del ejército americano á constituirse en sociedad de amigos; que debia subsistir tanto como su posteridad. Abrazando de nuevo la vida privada, tomaban por modelo á Cin-

cinnatus y daban su nombre á su institucion. El programa que dieron á luz, hizo conocer que su objeto era conservar los derechos y libertades por que se habian batido tanto tiempo, hacer amar la union y el honor nacional, necesarios para la felicidad y dignidad de la patria, y emplear su beneficencia con los oficiales y familias que necesitasen de socorro. Cada miembro debia entregar un mes de sueldo para formar los fondos de esta caja de socorro. Todos los oficiales que habian hecho renuncia honrosa despues de servir tres años, los que hubiesen llevado las armas hasta la paz, y los hijos mayores de los que hubiesen muerto en el servicio, tenian derecho de formar parte de esta asociacion: este derecho se hacia hereditario para los hijos mayores de los miembros de la sociedad, y se trasmitia á la línea colateral, en caso de faltar la directa. Las tropas francesas debian tener parte en la distribucion de los mismos honores, y se concedieron á los oficiales superiores de mar y tierra de esta nacion que habian servido en la guerra de la independencia.

Tales fueron las bases primeras de la sociedad, que los oficiales del ejército americano quisieron formar antes de disolverse: el jeneral Knox habia concebido el proyecto que habia sido adoptado en una asamblea, celebrada el mes de abril de 1783, por los mayores jenerales y por los comisionados de los diferentes cuerpos del ejército. Como esta proposicion interesaba á un gran número de familias, que se habian señalado mas ó menos durante la guerra, encontró partidarios y defensores en todos los Estados de la confederacion. Los estatutos presentados no eran aun mas que una primera tentativa de organizacion, un establecimiento semejante solo podia constituirse con el consentimiento de los gobiernos particulares y con el del congreso. La opinion pública, cuyos sufragios era preciso acoger, podia tener recelos de una institucion que tomaba su orijen en medio de los campamentos; y no se queria

que los defensores de la patria se erijesen en protectores, ni que una aristocracia militar pudiese levantarse de entre sus filas, y poner en peligro derechos adquiridos á precio tan enorme. No era que rehusasen honrar los hombres que habian servido con valor la causa pública: la misma nacion realzaba esta prueba de reconocimiento; pero si se consentia que trasmitiesen á sus hijos una distincion personal, el espíritu particular podria suceder á los sentimientos de union que animaban á los fundadores; y cada una de las repúblicas de que se componia la confederacion, tendria, desde el orijen, una clase privilegiada.

Se presentaron muchos escritos contra la institucion proyectada, y el mas notable de todos fué publicado bajo el nombre de Cartas de Casio, por Aedan Burke, jefe de justicia en la Carolina del Sur. Demostró que una institucion hereditaria no podia convenir á la república; que las virtudes de los fundadores no garantizaban las de sus descendientes; que no era con insignias, que se debia transmitir el recuerdo de la revolucion americana; que el deber de socorrer á los defensores de la patria y de perpetuar en el Estado los sentimientos del honor y de la union pertenecia al mismo gobierno, y no á una órden separada. «No teníamos distincion alguna entre nosotros, cuando levantamos la cabeza contra nuestros opresores, cuando nuestros trabajadores resistieron sus fuerzas y las de sus Cipayos europeos. ¿Se quiere que los *Cincinnati* se crean de una raza mas elevada; que se miren como descendidos del cielo y como los Incas de nuestra América? Aquel cuyo nombre y autoridad toman no pensó crear una órden privilegiada; no guardó sus fases consulares al volver á trabajar á su campo. Si nuestros guerreros salvaron el Estado, toca á la admiracion de los hombres levantar un dia un trofeo sobre su tumba. Debemos dar al mundo el ejemplo de la libertad politica, civil y religiosa; pero esta solo puede nacer de la igualdad de derechos. No permitamos

que en nombre de los servicios prestados á la patria se concedan recompensas hereditarias; y tememos que los planes que os han seducido sean una combinacion peligrosa para la república. ¿Qué nobleza mas real y verdadera podeis buscar que la participacion de la soberanía, que os pertenece como á vuestros hermanos?»

Estas ideas, reproducidas en muchos escritos y muchas veces desenvueltas en un estilo fuerte, eran la misma espresion de la opinion pública; fueron adoptadas por algunos Estados. Se declaró en el Rhode-Island que los *Cincinnati* serian privados de sus derechos políticos y civiles; el gobierno de Pensilvania no reconoció su establecimiento; el del Massachusetts lo miró como ilegal, ya que no estaba sancionado por autoridad alguna lejislativa: desaprobó la pretension que se atribuia esta sociedad, de proteger la union y la dignidad nacional, que se hallaban colocadas bajo la salvaguardia del gobierno mismo, la de deliberar acerca de las medidas cuyo exámen pertenece á las autoridades públicas, la de hacerse independientes de la accion de estas, y de crear un imperio en el imperio, haciendo recaudacion de fondos, aumentándolos, adquiriendo el influjo que nace de la propiedad y de la riqueza, organizando asambleas regulares, perpetuando de padre á hijo una corporacion nacida de entre el ejército, é imbuida en todas las máximas de mando y obediencia, favoreciendo de este modo, sin quererlo, planes poco jenerosos, y disponiendo quizás á la posteridad á que distinga de los demás ciudadanos los descendientes de aquellos que concurrieron á la fundacion de sus libertades.

En una asamblea de la Carolina del Sur, el mismo gobernador del Estado hizo otras objeciones contra la tendencia de este establecimiento. Supuso que miras de ambicion habian guiado á los autores del proyecto, y esperaba que esta institucion se dirigiria á un objeto mas elevado, y digno de hombres que solo debian buscar la gloria. «No tendríamos se-

guros, decia, ni nuestras personas ni nuestros bienes, si se formase una asociacion cuyos miembros se creyesen superiores á los demás ciudadanos: de ello nacerian recelos, envidias y discordias que ocasionarian la guerra civil. ¿Pertenece á nuestros guerreros recompensarse á sí mismos y señalar el mérito de sus hazañas? Solo á la historia pertenece proclamarlos. La guerra que hemos sostenido no se ha hecho para consagrar sus privilegios, sino para asegurar los derechos de una nacion entera.»

Estas últimas observaciones, menos absolutas que las de Burke, no tendian á suprimir la sociedad de Cincinnati sino á modificarla. Esta opinion fué la de los hombres de estado, quienes abrazando en sus miras todos los intereses de la confederacion y apreciando los servicios y sacrificios del ejército, deseaban asegurar á su valor honrosas distinciones. Vió el congreso sin disgusto que los hombres que habian ocupado un lugar en aquel ejército libertador, quisiesen gloriarse de ello: era ceder á una inclinacion natural y bastaba impedir sus excesos.

Washington era digno por su moderacion de ser en este caso el intérprete de los sentimientos de su pais; pronto procuró dirigir esta asociacion segun los principios indicados por la opinion pública, y segun las mismas constituciones de los diferentes Estados de la Union. Se debian fijar los estatutos de la sociedad, en una reunion jeneral convocada en Filadelfia en mayo de 1784: Washington fué nombrado su presidente, y la sabiduria de sus consejos, la autoridad de sus palabras, decidieron á todos los miembros á renunciar al principio de derecho hereditario y á toda especie de usurpacion sobre los derechos y las atribuciones legales de las autoridades públicas. De este modo volvió la institucion á ser popular, y ya no se vió en los hombres que formaban parte de ella sino ciudadanos que, unidos durante mucho tiempo por los mismos deberes para con la patria, procuraban unirse aun mas por sen-

timientos de fraternidad de armas y de beneficencia. La condecoracion adoptada por los socios recordaba el nombre y el objeto de su establecimiento; jeneralmente no llevaban sus insignias, por respeto á las máximas de igualdad que dominaban en toda la confederacion, y las reservaban para el dia aniversario de su independencia. Se estableció entre ellos el uso de reunirse en esta gran fiesta; les hacia observar cada año nuevas pérdidas; aclaraba las filas de los defensores de la libertad pública; y estos testimonios de una gloriosa época iban disminuyendo de dia en dia, hasta que encontrándose enteramente estinguida la jeneracion, ya solo quedaria para los mas virtuosos y grandes un nombre en la historia, y honrosos recuerdos en las tradiciones de las familias.

La medalla de la sociedad de Cincinnati fué enviada á los condes de Rochambeau, de Grasse, de Guichen y á todos los jenerales, coroneles y capitanes de buques franceses que habian servido en la causa de la América: tambien quiso Luis XVI recompensar todos los cuerpos de su ejército que habian tomado parte en esta guerra memorable, é hizo en sus filas numerosas promociones. Hacia muchos años habia sido ofrecida la primera dignidad militar á Washington; y el rey, al poner sus tropas bajo la direccion del ilustre americano, le habia conferido los honores de mariscal de Francia.

Otras señales menos personales consagraron las diferentes fases de la guerra de la independencia, la columna y las inscripciones de Bunker's Hill recordaban su orijen (véase la lámina 73), y las de York-Town marcaban sus últimos triunfos; ambas estaban puestas á los dos límites de esta sangrienta carrera, y se veian dispersados en el intervalo un gran número de cenotafios, erijidos á la memoria de los hombres que habia perdido la América y que houraba con su sentimiento.

Debemos citar entre los monumentos artísticos, destinados á conservar tan nobles recuerdos, una

reunion de cuadros en que el coronel Trumbull, adicto al estado mayor de Washington, trazó los principales acontecimientos políticos y militares que pertenecen á esta época. Su espada sirvió á la patria, su pincel representó sus defensores, y la fidelidad de sus retratos aumentó aun el interés histórico de estas grandes composiciones, donde la posteridad se complace en encontrar las imágenes de sus mas venerables antecesores.

Cuando estuvieron aseguradas la independencia y la paz, los Americanos, estendiendo la vista sobre su nueva situación, pudieron quedar admirados del engrandecimiento de su pais. Los tratados les habian hecho adquirir inmensos territorios hácia el oeste, y pronto procuraron beneficiar tan ricos terrenos. Les era ya conocida una parte de estas comarcas: allí habian penetrado algunos exploradores hacia treinta años, y sus primeras investigaciones se habian dirigido hacia el Ohio. Conviene llamar aquí otra vez la atención para manifestar por qué esfuerzos sucesivos y penosos consiguieron por fin formar hácia el oeste establecimientos mas duraderos.

James Bridd, habiendo dejado la Virginia en 1754, para dirigirse hácia las orillas del Ohio, habia bajado el rio en una piragua hasta la embocadura del Kentucky, y al desembarcar en la orilla meridional, habia gravado en algunos árboles la fecha de su descubrimiento; pero pronto se distrajo de esto la atención pública por los acontecimientos de la guerra que siguió muy de cerca esta expedición. En 1767, John Finley se abrió un nuevo paso hacia las mismas rejiones en que iba á hacer el tráfico de peleterías, y pasó la cadena de los Apalaches para penetrar en los valles superiores, regados por el Kentucky; el curso de este rio dió su nombre á este pais, y entonces se conocieron dos rutas para pasar allí, una por la navegación del Ohio, y otra por las gargantas y valles de las montañas.

Dos años despues renovó Finley sus viajes: acompañábale el coro-

nel Boon y algunos otros Carolinenses; pero su tropa fué dispersada por los salvajes; y Boon, habiendo quedado solo con su hermano, y arrostrando con valor las fatigas y los peligros, recorrió durante dos años los paises en que proyectaba fijarse. Volvió luego á la Carolina del Norte, vendió la hacienda que poseia en el Ajadkin, y en 1773 se puso otra vez en camino, con su familia y algunos hombres, resueltos á probar fortuna; se le unieron otros cuarenta, y formaron sus primeros establecimientos en los valles donde empiezan su curso el Kenhawa, el Kentucky y el Cumberland.

Dunmore, que era gobernador de la Virginia, hacia al mismo tiempo prolongar á lo largo de las orillas del Ohio, los descubrimientos principados. Los habian estendido hasta los rápidos que entorpecen la navegación del rio, y habian sido enviados algunos agrimensores á sus riberas para medir y dividir las sierras de que tendria que disponer la Virginia. Reclamaba este estado la posesion de todo el pais situado al occidente de su territorio hasta las orillas del Misisipi; pero, como muchas naciones indias ocupaban aun estas rejiones, era preciso conseguir de aquellas el derecho de establecerse en estas.

Con esta mira se abrieron negociaciones con las seis naciones iroquesas, cuyos comisionados se encontraban en el fuerte Stanwix, y el coronel Donalson de Virginia les compró las tierras situadas á la orilla derecha del Kentucky: en 1775 fueron compradas las de la orilla izquierda, por un contrato hecho entre los Cherokees y el coronel Henderson de la Carolina del Norte, y esta doble adquisicion infundió mas confianza á los primeros cultivadores. Sin embargo no quedaron ambas posesiones en poder de los dos propietarios; pretendia el Estado de Virginia que él solo tenia derecho de adquirir estas tierras y de disponer de ellas, ya que estaban comprendidas en sus límites; entregó á Donalson el valor de su adquisicion; no reconoció como válida la que habia

hecho un Carolinense, y la miró como una usurpacion de sus propios derechos. Sin embargo, reteniendo para sí las tierras que Henderson habia adquirido de los Cherokees, le dió otras situadas mas al occidente, hácia la embocadura del Green River.

El gobierno de la Virginia, convertido en poseedor de una parte de los valles del Kentucky, favoreció las emigraciones para esta comarca, y mandó erijir muchos fuertes para asegurar su defensa. Se construyeron sucesivamente los de Boon's-borough, de Logan, y de Harrod: se pusieron los cimientos de Denville, Lexington, de Franckfort y de Luisville, establecimientos endebles que por mucho tiempo tuvieron que defenderse de los salvajes.

Varias tribus indias se disputaban estos territorios: hasta los de que habian dispuesto los Cherokees y los Iroqueses, eran reclamados por otros pueblos estraños á ambas naciones: y este pais, siempre en pleito, quedaba espuesto á frecuentes incursiones. Le quedó el nombre de *tierra sangrienta*, y por mucho tiempo estuvo á prueba el valor de los primeros colonos. El coronel Boon era el firme apoyo de la colonia; se señaló en la guerra de la independencia, fué prisionero de los Shawaneses en 1778, y se escapó luego de sus manos, para venir á defender contra ellos la fortaleza de Boon's-Borough. Este oficial tuvo despues una parte honrosa en las últimas expediciones, cuando habiendo los Shawaneses invadido las riberas meridionales del Ohio, fueron á su vez atacados y perseguidos por el general Clarke en las orillas del Muskingum y del Scioto, segun hemos referido antes.

Un arreglo con los Indios fijó la suerte de algunas otras comarcas; y cuando se reunieron los enviados de los Jeorjios, de los Creeks y de los Cherokees para trazar los límites de sus territorios, concluyeron el 31 de mayo de 1783 un tratado de cesion, en virtud del cual se tomó por línea de demarcacion el rio Occonee,

cuyas aguas corren del norte al mediodía, y van á formar por su reunion con las del Flint, el Apalachicola. Los Cherokees se estendian al noroeste de esta línea, remontando hácia el nacimiento de los rios, y ocupaban los valles y las alturas de los Apalaches: al mediodía eran vecinos de los Creeks cuyas tribus, designadas bajo nombres diferentes, tenian muchas veces guerra con los habitantes de la Jeorjia y de las Floridas.

Al occidente de los Creeks y de los Cherokees no habia aun establecimientos, y otras dos naciones indias, los Choctawos y los Chikasawos, habian hasta entonces sido pacíficos poseedores de los paises que se estenden hasta el Misisipi; pero hácia el curso inferior de este rio, se empezaba á estrechar su territorio; se formaban nuevos plantíos, que iban propagándose poco á poco, para envolver algun dia las comarcas ocupadas por las tribus aboríjenas. Ya habian desaparecido muchas, y la reduccion progresiva de las tribus que sobrevivian, daban grande inquietud á sus ancianos mas previsores. Se acordaban que en todas las guerras con la poblacion blanca, habian tenido que ceder á la superioridad de sus armas, y que haciendo con ella la paz, habian tenido que abandonarle una parte de su territorio. El tiempo, que cercenaba su número y sus fuerzas, aumentaba el poder de los Europeos; estos acudian á bandadas á America para repartirse los bosques, que les alimentaban. El extranjero invadia las llanuras: las piraguas no gozaban ya de la libre navegación de los rios: la caza y la pescase agotaban, y los Indios iban á desaparecer por falta de subsistencias. Cuando dos naciones blancas tenian guerra en su vecindad, eran contempladas á lo menos por una de ellas, y reuniéndose á su causa, podian ser protegidos por sus armas, y tomar parte en sus victorias: ¿pero ahora qué recurso les quedaba? Rodeados por un solo pueblo ¿no quedaban espuestos á su ambicion y entregados á su disposicion? Una cadena

de hierro les iba á retener y estrechar cada día mas en su reducido recinto; y si conseguían separar las unas tribus de las otras, fácilmente podrían acabar con ellas aisladamente, privándoles de la facultad de socorrerse mutuamente. ¿No era además de temer que escitasen sus mutuos celos? Ya las habían debilitado unas por las otras haciéndolas disputar entre sí: ellas se habían ciegamente prestado á este modo de destruccion, y todos sus pueblos, despues de haberse destrozado durante mucho tiempo, eran presa mas fácil de los estrangeros, que iban á aprovecharse de su estenuacion, y quitarles sus últimos despojos.

Cuando la paz entre los Estados Unidos y la Inglaterra hubo privado de todo auxilio estranjero á las naciones indias, las que aun estaban en guerra, depusieron sucesivamente las armas. Los Shawaneses, los Mingoos y los Delawares habían ya cesado sus hostilidades, y las tribus de Wabash enviaron sus jefes guerreros al apostadero de Vincennes, para hacer un convenio con el enviado de los Estados Unidos. Les declaró Tomás Dalton en una asamblea, celebrada el 25 de abril de 1784, que les presentaba la guerra ó la paz; los invitaba á elegir inmediatamente y les pedía, por primera condicion de arreglo, la restitucion de los hombres y de los rebaños que habían quitado. Se les ofreció en señal de reconciliacion un collar ó wampum; y habiéndolo recibido el jefe de los Piankashaws, declaró en nombre de todos los Indios de las orillas del Wabash, que estaban prontos á hacer la paz.

«Sabeis, decia, todo lo que hemos sufrido; los males de la guerra nos han herido como á vosotros, y la tierra se enrojeció con nuestra sangre. ¡Ojalá se puedan borrar sus señales! Han perecido nuestros amigos, nuestros valientes hermanos: recojeremos sus huesos dispersos, los reuniremos bajo un mismo otero, y en él plantaremos el árbol de la paz, para que estienda un día sus ramas sobre nuestros hijos. Fu-

mad sucesivamente con nosotros con el calumete que os presentamos. El tomahac está ocultado debajo de la tierra, ¡caiga la maldicion sobre aquellos que quisieran volverlo á levantar! Los rigores del invierno han alcanzado á todos los rebaños divagando en nuestras llanuras, y los que nos pedis han perecido; pero nuestros wigwams han estado abiertos á vuestros prisioneros; los hemos admitido en nuestras familias, y se han alimentado al rededor de los mismos hogares. Hoy están ausentes y dispersos en los bosques con nuestros cazadores; los reuniremos á su vuelta, y en una luna os serán entregados.»

Cuando hubo hablado el jefe de guerra, fué concluido un convenio con él, y entregó al enviado de los Estados Unidos un calumete, adornado con los colores y brillantes plumas que son, entre los Indios, el símbolo de la paz.

A la época de la conclusion de este tratado, el congreso tomaba una resolucion para organizar en muchos distritos las tierras que habria adquirido de los indijenas, y las que los diversos Estados habían cedido á la confederacion entera. En 1783, el Estado de Virginia le habia trasferido todos sus derechos sobre los territorios que podia pretender al noroeste del Ohio; pronto siguieron este ejemplo otros gobiernos; y se estableció un nuevo derecho público sobre la soberanía de las vastas posesiones del oeste. Muchos Estados, que las habían mirado hasta entónces como comprendidas en sus límites, porque se hallaban colocadas bajo los mismos grados de latitud, empezaban á reconocer la dificultad de gobernar por una misma administracion las comarcas situadas al oriente y al occidente de los Apalaches; esta cadena de montañas oponia demasiados obstáculos á las comunicaciones ordinarias; las enormes distancias y la vasta estension de una y otra rejion hacian impracticable esta comunidad de gobierno; los intereses, la posicion y las necesidades eran demasiado dis-

Sin tocar aun á los derechos de soberania que los Estados particulares tenían que abandonar, se dedicó el congreso primeramente á obtener de ellos que las tierras cedidas voluntariamente por los Indios, fuesen consideradas como dominio de la confederacion entera. La venta de estas tierras debia proporcionarle los medios de satisfacer la deuda pública; por otra parte habia prometido concesiones de fondos á los oficiales y soldados del ejército americano, ya á título de recompensa, ya en pago de los sueldos atrasados que se les debian; y estas concesiones, si estaban hechas en nombre de la confederacion misma, estarian colocadas bajo una garantía mas poderosa.

Para llenar estas obligaciones de honor y buena fe, mandó el congreso reconocer cuidadosamente las diferentes partes de los dominios públicos, donde mejor convenia formar establecimientos; sus agentes dividieron el territorio en *townships*, ó distritos de seis millas cuadradas de estension: se subdividieron estos en porciones de una milla cuadrada; y los unos fueron vendidos, los otros fueron dados como recompensas militares; á escepcion de los territorios que se conservaron para plantear los edificios y diversos establecimientos necesarios para los servicios públicos y para la administracion.

Estas ventas y distribuciones de tierras atrajeron pronto al Kentucky nuevos habitantes; y á fines de 1784 subia su número á treinta y seis mil. Obedecian las leyes de la Virginia y la autoridad de su gobierno; pero la distancia les hacia perder los efectos de su proteccion; perjudicaba la seguridad del país, y lo esponia indefenso á los ataques de los Indios, de quienes solo se podían obtener treguas pasajeras. Una reunion, celebrada en Denville, reconoció la necesidad de una emancipacion; propuso pedir á la metrópoli que el Kentucky fuese erijido en nuevo Estado; y habiendo sido ratificada esta proposicion en otro consejo, que inmediatamente fué convocado, los comi-

sionados pasaron á Richmond á solicitar del gobierno de Virginia su separacion. Consintieron á ello los Virjinienses con una jenerosa benevolencia; abandonaron toda pretension sobre esta vasta comarca, é invitaron á los habitantes á organizar una administracion separada, que desde luego debia colocarse bajo el patronato del congreso, hasta que el aumento de su poblacion les permitiese formar un nuevo Estado.

A mediados del siglo diez y ocho, habían sido explorados los países que riega el Tenesee, al par que los del Kentucky; pero solo, en 1774, se formaron en ellos colonias importantes. Los nuevos habitantes se separaron pronto de la Carolina del norte, por razon de la distancia y de la dificultad de las comunicaciones; y esta primera tentativa de independencia los condujo despues á gozar de los mismos privilegios que el Kentucky.

Los territorios situados al noroeste del Ohio presentaban un campo aun mas estenso á nuevos establecimientos, y despues de la conclusion de la paz, pasaron allí numerosos cultivadores. En 1784, solo se contaban en Pittsburgo ochenta casas; pero su situacion en el confluente del Mononganela y del Alleghany, destinaba esta ciudad á ser uno de los mas grandes depósitos del comercio entre los Estados del este y del oeste. Las mercaderías que se recibían allí de los países orientales servían para el cambio de peleterías, cuyo tráfico se hacia con los Indios vecinos del Miami, del Muskingum y de los otros rios que desaguan en el Ohio. En Luisville se habia formado un establecimiento mas occidental, y numerosos emigrados, llegados del este, se aprovechaban de la navegacion del rio para pasar á este nuevo centro de colonizacion y cultivo. Aun ofrecia esta ciudad todas las señales de una nueva creacion; se concluían los desmontes, las calles, abiertas á través de los bosques, cuyos árboles aun no estaban todos arrancados, solo contaban, en 1784, un centenar de casas y otras tantas cabañas; pero la actividad de los trabajos empezados hacia prever rápidos aumentos.